


Aventuras  Lucien Biart
de un naturalista en Méjico

El naturalista Lucien Biart realizó en abril de 1864 un viaje por las selvas del entorno del Pico de Orizaba, que los habitantes de la región llaman Iztactépetl («montaña blanca como la sal»), volcán inactivo de gran altura. En la aventura le acompañaban el sabio suizo y también naturalista Francisco Sumichrast, su hijo Lucinano de tan solo 9 años, y el valiente indio Encuerado. Durante varias semanas vivieron todo tipo de aventuras no exentas de grandes riesgos y peligros, que nos hacen vivir la situación de cómo se vivía en aquellos tiempos.

PRÓLOGO.

La víspera de partir para una de mis habituales excursiones, estaba arreglando mis armas, mis cajas de insectos y demás objetos de viaje, cuando mi hijo mayor, hombrecito de nueve años, se me acercó con ese ademan cariñoso que saben usar los niños cuando quieren obtener un favor —irresistible diplomacia que impone muchos tratados onerosos a los padres y las madres.

—¿Vas a hacer un viaje tan largo como el del mes pasado? —me preguntó.

—Mas largo aún, porque nuestra próxima partida para Europa me inspira el deseo de completar prontamente mis colecciones. ¿Serás prudente durante mi ausencia, no atormentarás a mamá y te acordarás de mí?

—Mas desearía no pensar en ti.

—¿Preferirías verme permanecer en Orizava?

—¡Oh! no; quisiera verte partir y... acompañarte.

—¿Qué dices? ¡Dios mío! Apenas en marcha, te quejarías del calor, de la sed, de la fatiga...

—¡Cómo te engañas, papá! ¡Si me llevaras te sería muy útil! ¿Acaso no podría recoger leña, encender fuego y vigilar el asado? Sin contar que cogería mariposas y otros insectos para tus colecciones y las mias.

—Sí, pero a la primera espina que te arañara la mano echarías a llorar.

—¡Oh, papá! te prometo no llorar hasta que no pueda pasar por otro punto.

Esta contestación me arrancó una sonrisa.

—¡Cosa hecha! parto contigo —exclamó Luciano.

—¿No será bueno consultar a mamá? Si ella no vé inconveniente, yo...

El niño se alejó corriendo sin esperar el fin de la frase.

Continué limpiando las armas y, sin saberlo, defendía en mi interior la causa del atrevido viajero. Recordaba que yo a los siete años de edad recorría a pié largas distancias acompañando a mi padre; que a esta costumbre precoz de caminar había podido realizar viajes cuyos peligros y fatigas asustaban a otros más robustos que yo. Decíame también que antes de salir de Méjico sería muy útil impresionar la imaginación del niño con el espectáculo de la soberbia naturaleza tropical, y que sería bueno guardase el recuerdo del admirable país en que había pasado su infancia. Pensaba que Encuerado, valiente indio que me servía muchos años ya, adoraba a su joven amo y le cuidaría tan bien como yo. Pero ¿llegaría a inspirar a mi hijo la pasión por los viajes y vida de aventuras que había aumentado mis riquezas científicas, pero no mi fortuna? Sin embargo, ¡qué saludable influencia ejerce en el espíritu una lucha de todos los días contra las dificultades de un camino no abierto aún! El alma y el cuerpo de mi hijo no podían dejar de ganar con aquella excursión, que estaba en mi voluntad prolongar o abreviar. Mientras que, sin saberlo, estaba convertido en abogado de Luciano, le vi llegar, trayendo a su madre de la mano.

—¿Qué viaje, es ese para el que solo falta mi consentimiento? —preguntó mi esposa.

—Y el mio —me apresuré a añadir.

—En último caso, amigo mio, ¿por qué no le has de llevar? Encuerado acaba de prometerme que no le abandonará un solo momento.

—¡Cómo! ¿te decides por él?

—¡Desea tanto acompañarte!...

Reflexioné durante un segundo, que pareció un siglo a Luciano, y tomando una resolución definitiva:

—Sea, dije; que le preparen ropa, porque partiremos pasado mañana al amanecer.

Luciano creyó volverse loco de alegría. Recorriendo la casa de un extremo a otro, puso a todos los criados en campaña. Necesitaba borceguíes, botas, un saco, un sable, un cuchillo, cajas para insectos, una multitud de cosas. Inmediatamente hizo que le construyera Encuerado, casi tan contento como él, un bastón de viaje, cómodo, fuerte y ligero. Desde aquel momento no se vio en habitaciones y corredores otra cosa que al futuro viajero, yendo, viniendo, saltando y trepando, para acostumbrarse, según decía, a la fatiga de las prolongadas marchas. A la hora de comer se puso voluntariamente a pan y agua para preparar su estómago a la pobre alimentación de los vivacs. Tales cosas hacía, que tuve que contener su ardor y recomendar la tranquilidad a aquella cabecita en ebullición.

Llegó la víspera de la partida. Muchos amigos míos vinieron a visitarme, y el viajero en miniatura les refería los altos hechos que había resuelto realizar. De antemano aplastaba la cabeza a los escorpiones, derribaba árboles con el sable y dividía las serpientes. A cada momento inventaba fantásticos medios para encender fuego.

—Si ruedo por las rocas —decía— me reiré de mis rasguños, y si encontramos tigres...

Su marcial actitud terminaba la frase de un modo elocuente.

Por un momento interrumpió su charla, y su sable hubiese reducido voluntariamente al silencio a todos los oyentes, que, a una voz, condenaron mis proyectos. ¡Llevar a las selvas y sabanas a un niño de nueve años, exponerle a los desconocidos peligros de la naturaleza salvaje, a la fatiga, a la lluvia, a las enfermedades! era desafiar a la Providencia y comprometer, sin necesidad, la vida, o por lo menos, la salud de mi hijo. La unanimidad de censuras quebrantó mi resolución.

—¡Oh papá! —exclamó Luciano—: ¿faltarás a tu palabra por primera vez?

—No —respondí— ni hoy ni nunca. Además, quiero que seas hombre. Vé a descansar. Es preciso que estés de pié a las cuatro de la mañana.

Tal vez me creerían algo loco, pero no me cuidé de ello.

Había participado mi proyecto de excursión a mi amigo Francisco Sumichrast, sábio suizo, muy conocido por sus descubrimientos en historia natural, y en cuya compañía había hecho muchos viajes. Empezaba a creer que se había extraviado mi carta, cuando, cerca de las diez de la noche, llamaron a la puerta, y en seguida oí la alegre voz de mi amigo. Llegaba de Córdoba expresamente para acompañarme; En cuanto le vi, le comuniqué mis temores y dudas relativamente a Luciano; pero se puso de parte de este, como era natural en un compatriota de Topffer.

—Ven aquí —gritó a Luciano, que, medio desnudo, acababa de abrir una puerta.

El niño llegó corriendo, y levantado del suelo por mi amigo, cuya estatura era muy superior a la mía, le besó cariñosamente.

—A. tu edad —dijo Sumichrast— había recorrido ya la Suiza, con el morral a la espalda, y tratado de comer biftechs de oso. Aseguro que te portarás como un hombre. ¿Me engañaré?

—¡Oh! no, señor Sumichrast.

—¿Sabrás vivir sin comer ni beber?

—Haré lo que vosotros.

—¡Bien! Vé a descansar; si cumples tu palabra, dentro de un mes, cuando volvamos, habrás crecido seis pies.



Al día siguiente, vestido y equipado Luciano mucho antes de amanecer, se quejaba de nuestra lentitud, Su traje consistía en blusa y pantalón de lienzo azul, llevando arrollada su manta mejicana (*zarapé*), a la cintura un afilado machete para cortar ramas, y cruzada por el hombro la correa de un saco que contenía un cuchillo, un vaso de metal y algunas ropas de repuesto. El sombrero de anchas alas con que se cubría le daba cierto airecillo decidido. Olvidaba decir que también llevaba una calabaza y el famoso bastón de viaje que, hacía dos días, resonaba en todos los suelos de la casa. Encuerado, el indio mestizo, antiguo cazador de

tigres, que mil peligros arrostrados juntos habían unido a mí, apareció vestido con la chaqueta y pantalón de cuero que le cubrían ordinariamente y le habían valido el nombre que llevaba. El bravo indio estaba ebrio de alegría porque iba a llevar al bosque el niño que había mecido en la cuna. Este se sujetó a la espalda la cesta de las provisiones, café, sal, pimienta, galletas de maíz, etc. Mi hija y mi hijo menor habían saltado del lecho y daban vueltas alrededor de nosotros: la primera parecía inquieta y triste; el segundo, poco satisfecho y muy enojado, pretendía que era bastante grande para acompañarnos también.



En el momento decisivo, la pobre madre perdió el valor, y sintió haber dado su consentimiento. Al ver las lágrimas que ocasionaba su partida, se mostró heroico Luciano, arrojando a lo lejos el sombrero y el bastón.

—¡Mamá! —exclamó abrazándola—; si lloras, no partiré.



—Pues bien, yo voy en su lugar —dijo su hermano Emilio, apresurándose a recoger el bastón y dirigiéndose a la puerta sin reparar en su traje excesivamente matinal.



—No, no quiero privarte de tan gran placer, querido hijo.

Y la buena madre lo dio el último beso, recomendádmelo con una mirada.

Entonces nos separamos con nuestro compañero, y tuve que emplear toda mi autoridad para que su señor hermano le restituyera el sombrero y el bastón. Conseguido al fin, se abrazaron los dos niños.

—Te traeré una cosa —dijo Luciano a Emilio para consolarlo.

—¿Qué? —preguntó este.

—Ya verás —contestó Luciano—; una cosa magnífica.

Al fin salimos de casa, y el ruido de nuestras pisadas turbó el silencio de la ciudad de Orizava. Comenzábamos la primera jornada de un viaje de descubrimientos científicos, del que voy a ser historiador.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I.

*Quiénes somos. —Gringalet. —Salida del sol. —
La caña de azúcar. —Parada.*

Era el 20 de Abril de 1864. En el momento en que desembocábamos en la gran calle que conduce fuera de la ciudad, sonaban las cuatro en la iglesia del convento de San José de Gracia.

Sumichrast abría la marcha. Alto, ancho de hombros, frente elevada, representaba la fuerza a pesar de sus azules ojos y rubios cabellos. Cuando era preciso impresionar la imaginación de los indios en nuestras excursiones, siempre se ponía él delante. Ornitologista distinguido, no se encontraba bien sino en medio de los bosques, y muchas veces sentía no haber nacido indio. Melancólico sin ser triste, su destreza en el tiro y su silenciosa sonrisa hacían que algunas veces le comparara a Medias-de-cuero, pero este Medias-de-cuero era hombre de mundo y sabio. Su gravedad no imponía respeto a Luciano, que le conocía de antigua fecha.

Luciano, imitador como son todos los niños, había comenzado desde muy temprano una colección de insectos y no se necesitaba más para inspirarle decidida afición a la historia natural. De poca estatura para su edad, ojos negros y cabellos castaños rizados, era muy formal, reflexivo y amante del estudio. El desarrollo de su inteligencia agradaba mucho a Sumichrast, que frecuentemente se complacía en discutir con él, y que, riendo de sus salidas, le llamaba Rayo-de-Sol.

Detrás del niño marchaba Encuerado, indio de raza mestiza, de rostro huesudo, ojos negros y movibles, abun-

dante y espesa cabellera, astuto, ingenuo, bondadoso, cándido y obstinado. Desde que le encontré en Tierra-Caliente, es decir, doce años, atrás, era mi amigo al mismo tiempo que mi criado. Mientras estaba en la ciudad se encontraba mal; educado en la soledad, alababa hasta las contrariedades que lleva esta consigo.

—¡Qué desgracia que sea de noche aún! —dijo Luciano, al que llevaba de la mano Sumichrast.

—¿Por qué lo sientes? —le pregunté.

—¡Toma! porque todo el mundo está durmiendo aún y no están en la calle mis amigos para verme pasar con mi machete, mi saco y mi calabaza.

—¡Hola! ¿y crees que tu traje causaría envidia a tus amigos? ¡lindo deseo!

—No, papá, querría que me viesen, es verdad, pero no deseo causar pena a nadie.

Poco después pasamos al pié del Borrego, esa montaña célebre para nosotros desde que doscientos franceses combatieron con dos mil mejicanos. Siguiendo la calzada, por la que avanzábamos casi al azar a causa de la oscuridad, íbamos a llegar a la puerta llamada de la Angostura, cuando pasó delante un perro, que retrocedió al momento ladrando, y haciéndonos mil caricias. Era Gringalet, galgo grande de elegantes y nerviosas formas, amigo íntimo de mi hijo, criado al biberón para su amo por Encuerado. Huérfano desde la misma noche de su nacimiento, había encontrado en el indio una nodriza de las más cuidadosas; tres veces al día hacía que su hijo adoptivo chupase el lienzo que cubría una botella llena de leche. El perro había crecido al lado de su amo, y no es necesario decir que le había quitado más de un bizcocho de la mano: así es que manifestaba marcada deferencia por Luciano, por su padre adoptivo y por las botellas. Al pronto me incomodé con el pobre animal que, sin alforjas, ni provisiones, venía a unirse a la caravana y traté de hacerle volver a casa. Gringalet corrió a refugiarse junto a Luciano, y con las orejas bajas y una

pata en el aire, me miró con ojos tan dulces, tan suplicantes, qué no tuve valor para despedirle. Sumichrast y Encuegado intercedieron por el perro, que arrastrándose sobre el vientre y meneando la cola, vino a tenderse a mis pies. Luciano, temiendo que castigare a su favorito, se ocultó el rostro entre las manos. Estaba vencido.

—¡Vamos, que venga Gringalet! —exclamé.

Y acaricié al perro, que, comprendiendo su triunfo, empezó a dar desordenados saltos en el camino. Luciano lloraba a pesar de que quería contenerse, y tuve que volver la cabeza para no tener que recordarle desde el primer momento lo que me había prometido. Además, si deseaba enseñarle a resistir estrictamente los dolores físicos, no quería secar en su corazón la fuente de nuestros placeres más dulces y de nuestras penas más amargas, la sensibilidad.

Las puertas estaban cerradas aún. Cuando llegamos a la casa del guarda llamé a la ventana para despertar al viejo que debía darnos la llave de los campos.

—¿No abrirá? ¿Tendremos que volver a casa? ¿No podremos partir hoy, señor Sumichrast? —preguntaba Luciano.

—Tranquilízate, —respondió Sumichrast—: el guarda es viejo y le incomodamos sin tener derecho para ello; esto le pone de mal humor. Si es bueno ser vivó, también se debe tener paciencia.

Al fin salió el guarda; las cadenas cayeron una a una, la pesada puerta giró sobre sus goznes y Luciano se lanzó el primero al camino. El cielo estaba sin estrellas, el rocío de la mañana nos helaba y sentíamos ese inexplicable malestar que embarga al viajero bajo los trópicos en el momento en que la luz va a suceder a las tinieblas. Temiendo que cayese Luciano en algún hoyo, le cogí de la mano. El pobre niño temblaba sin quejarse y sus atavíos le estorbaban para andar. Apresuró el paso con objeto de que se calentara; y tal vez en aquel momento echó de menos su camiseta y pensó